

**ALMA**  
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA



**MATER**  
AGENDA *Cultural*

**Último hombre** ◀  
**que consulta una**  
**biblioteca**

Campo Ricardo Burgos López

**El**  
**cataclismo** de ◀  
**Damocles**

Gabriel García Márquez

**Cuando se**  
**perdió el azul**

Haruki Murakami



## Presentación

**E**n el mes de diciembre, si bien es una época propicia para el descanso, también se presenta como un momento para plantear balances y reflexiones sobre la forma como transcurrió el año que termina. A su vez, es el tiempo adecuado para mirar el futuro y cargarlo de proyectos y de metas. **Alma Máter Agenda Cultural** no es ajena a esa actitud y, en tal sentido, quiere proponer textos de diversos autores que, si bien, a primera vista se alejan del concepto tradicional de la Navidad, sirven de complemento y de catalizadores para plantearnos preguntas fundamentales sobre nuestra existencia y sobre nuestro papel en el mundo.

Indudablemente nuestra cultura asocia la época de la Navidad con celebraciones de diversa índole: familiares, comunitarias, etc., y en ese sentido apunta el texto: *Sabores navideños, memorias y vínculos sociales*, en el cual su autor, Ramiro Delgado, hace un recorrido por esa faceta de nuestra identidad.

En el marco de las celebraciones de la Navidad, programadas entre el 7 y el 20 de diciembre, la División de Extensión Cultural invita a toda la comunidad para que participe y disfrute de eventos como la *Fiesta del Libro*, así como de los conciertos y las obras de teatro, con los cuales finaliza sus actividades del año 2000.

# Cuando se perdió el azul



Marc Chagal. *Introducción al teatro de arte judío*. (fragmento) 1920-1921

Por: Haruki Murakami

Me encontraba planchando cuando desapareció el azul. Se ensombreció, comenzó a desvanecer y después desapareció por completo. Igual que cuando se acaban las pilas de una máquina. O como se apagaría la música de una orquesta si el director cambiase de opinión y soltase su batuta en mitad de una sinfonía, y algunos instrumentos siguieran tocando algunas frases sueltas después de haber cesado la melodía, hasta que ellos mismos se desvanecieran, y dejaran tan sólo un enervante silencio.

Como en aquel momento

me encontraba planchando una camisa de rayas azules y naranjas, me di cuenta inmediatamente de que había desaparecido el azul. En un primer momento pensé, como cualquiera lo habría hecho en mi situación, que los ojos me estaban jugando una broma, que el haberme concentrado mucho en un punto había originado que mi vista hiciera cosas raras. Desenchufé la plancha y llevé la camisa a una habitación más iluminada. Me senté un rato en el sofá, con los ojos cerrados, respirando profundamente, y volví a mirar la camisa. Pero los resultados fueron los mismos. El azul había dejado de existir en aquella camisa. En cambio, tenía

rayas blancas y naranjas. Lo que había sido azul era ahora un blanco desenfocado, vacío como la memoria de alguien a quien un ladrón hubiera golpeado en la cabeza.

Permanecí atónito, mirando la camisa un buen rato, manteniéndome perfectamente quieto. Esto no ayudó a que el azul volviera. Entonces se me ocurrió mirar en el armario de mi habitación. Allí guardaba varias prendas de tela azul: camisas azules, corbatas azules, trajes azules. Siempre me había gustado el azul, en todas sus tonalidades, desde el azul cielo al azul marino; todo el mundo decía que me sentaba muy bien el azul.

Pero en mi armario había dejado de haber azules. En las camisas, en las corbatas y en los trajes, el azul se había convertido en blanco. Abrí los cajones. Tendrían que haber estado llenos de camisetas, calcetines, jerséis y bufandas azules. Pero también había ocurrido lo mismo. Todo lo que antes había sido azul se había convertido en blanco, como la osamenta de un extraño blanqueada por los años.

Simplemente, había desaparecido el azul.

¿Qué podía hacer? Me encontraba solo. Era la víspera de año nuevo, el último día -la última noche- de 1999. El resto del mundo celebraba alguna fiesta. Pero yo odiaba las fiestas. Odiaba pasármelo bien, odiaba beber y odiaba ver beber a la gente. ¿Y qué si el 1999 pasaba a ser el 2000? ¿Qué diferencia había? Cambiaría la fecha. Habría una página nueva en el calendario. Eso era todo. Todo el asunto aparecía increíblemente estúpido.

Por eso estaba encerrado en casa, solo, sin nada mejor que hacer que planchar camisas, cuando desapareció el azul. Llamé a unos cuantos amigos para ver si sabían algo de la desaparición del azul, pero, por supuesto, no encontré a ninguno en casa. Lo único que podía hacer era llamar a mi madre, lo que hice un poco a disgusto.

Me recibió la llamada un hombre al que no conocía. Parecía trascurrir una fiesta en todo su apogeo. Se oía al fondo música rock muy alta, y la gente hablaba todavía más alto para que el ruido no los ahogase. Tuve que gritar cuando pedí a aquel hombre que pusiera mi madre al teléfono.

“Hola, mamá, siento interrumpir tu diversión, pero tengo que comprobar una cosa”, dije. “Por casualidad, ¿no habrá desaparecido de allí el azul?”.

“¿El azul? Que el azul, ¿qué?”. Parecía que tenía ganas de guerra.

“El color azul”, expliqué, “como el del mar o el del cielo. Estaba planchando hace un rato y desapareció el color azul de mi camisa. Y no fue sólo la camisa. Todo lo azul de mi casa ha desaparecido. No sé si sucede también allí. ¿Sigues teniendo azul?”.

“¿Y para eso llamas?”.  
“Ajá”.

“Mira, eres mi hijo, pero no sé por qué tienes que vivir una vida tan aburrida y estúpida”. Estaba esforzándose por adoptar un tono maternal, pero podía percibir el enfado en su voz. “Piensa un poco. Es la última noche del siglo XX. Como mucho, lo puedes experimentar una vez en la vida. La gente está festejándolo como loca.

Escucha. ¿No oyes lo bien que nos lo estamos pasando? ¿Para qué me tienes que llamar con esa idiotez del azul y la plancha y qué sé yo qué más? ¿A quién le importa que ya no haya azul? ¿Por qué tienes que ser tan aguafiestas?”.

“Pero, mamá, te equivocas cuando dices que ésta es la última noche del siglo XX. Hablando con propiedad, el siglo XXI no empieza hasta el 2001. El año 2000 no es más que...”.

Mi madre colgó el teléfono.

Me puse el abrigo y salí. Un viento del Norte frío y seco hacía que me ardieran los ojos. Había barrido del cielo todos los vestigios de nubes. Mi reloj marcaba las 11:30. Me fui derecho desde casa a la estación del metro de la línea azul más cercana. Normalmente, todo lo de la línea azul era azul: trenes azules, billetes azules, uniformes azules y paredes azules. Las autoridades del metropolitano decían que era para evitar que los pasajeros se perdieran en el laberinto tridimensional de las líneas del metro de Tokio (a pesar de que todo el mundo se perdía en cierto modo). Pero, ahora, todo lo de la línea azul se había vuelto blanco. Los trenes blancos circulaban junto a muros blancos, y los taquilleros de uniforme blanco vendían billetes blancos. Me acordé de un documental que había visto sobre el invierno en la batalla de Stalingrado.



Me acerqué a un empleado vestido con uniforme blanco, que estaba reparando una máquina expendedora de billetes cerca de la taquilla.

“¿Qué ha sucedido con el azul?”. “No me hable de política”, me soltó. “No soy más que un trabajador”.

“¿Quiere decir que esto es político? ¿Que detrás de la desaparición del azul está la política?”.

“¿No le he dicho que no me pregunte por la política?”. Se quitó la gorra blanca y la arrojó al suelo. “¿Qué quiere de mí? ¡No sé nada! ¡Pregúnteselo al primer ministro! ¡No sé qué diablos le ha acontecido al azul! ¡Sólo sigo órdenes y hago mi trabajo!”.

Mi reloj marcaba ahora las 11:45. Cuando lo miré, sentí una aprensión cada vez mayor. Presentía que si llegaba el año 2000 y todavía seguía faltando el azul, y si era yo el único que se preocupaba por ello (hasta donde yo sabía), podría estar a punto de ocurrir algo horroroso.

Metí mi tarjeta de crédito en un teléfono y marqué el número de la oficina de relaciones públicas del primer ministro. Pedí que se pusiera el primer ministro, tal y como me había sugerido el taquillero. No es que el primer ministro se fuera a poner de verdad al teléfono: el NEC había diseñado un programa informatizado mediante el cual el primer ministro

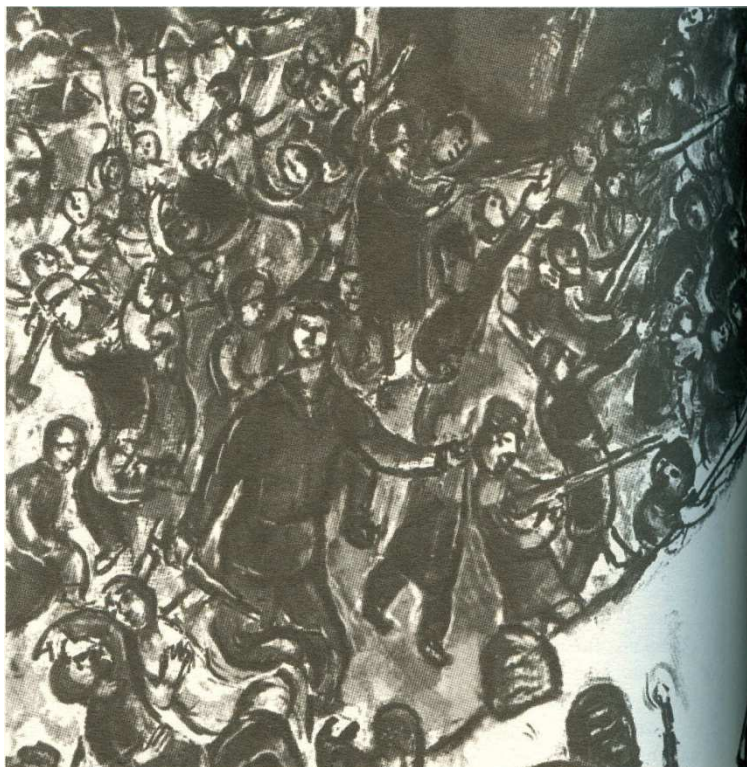
contestaba a todas las preguntas y quejas de los ciudadanos. La voz sintetizada sonaba exactamente igual que la del primer ministro.

“El azul es un color verdaderamente bonito, señor Okada”, murmuró el primer ministro contestando a mi pregunta. “¿Conoce usted este poema de Bokusuí? A mí es uno de los que más me gustan: ‘*El pájaro blanco: / ¿no es triste verlo / flotando descolorido por el azul del océano, el azul del mar?*’. Es fantástico, ¿verdad, señor Okada?”.

“¡Mire, señor, el azul ha desaparecido de la faz de la tierra!”, le grité.

“Sí, por supuesto, señor Okada. Debería saber que todo lo tangible desaparecerá”, me dijo el

primer ministro. “La naturaleza de la historia, señor Okada, es así. La historia avanza sin tener en cuenta las filias y las fobias de los individuos. Estoy seguro de que reconocerá cuanto de verdad hay en ello. Si se tuvieran en cuenta las filias y las fobias de todo el mundo, la historia sería incapaz de avanzar. ¡Qué desastre sería, señor Okada! Por eso, la historia avanza sin piedad, según su propia voluntad. A lo largo del proceso histórico desaparecen muchas cosas, una detrás de otra. El petróleo deja de existir, y el uranio lo mismo. Y el comunismo. La capa de ozono, el siglo XX, John Lennon y Dios: todo deja de existir. Sucede lo mismo con el *swing*, y con los elepés, y con los coches antiguos. ¿Por qué tendría que ser diferente el azul, señor



Okada? ¿Se merece un trato especial? Véalo por el lado bueno, señor Okada. Usted tiene tendencia a concentrarse en lo oscuro. Su madre está hasta las narices de usted por culpa de ello, y su amiga lo ha dejado. Es la causa a la que obedece que no lo hayan ascendido y que suela encontrarse sapos en el cajón de la mesa de su trabajo. La culpa es sólo suya. Créame, señor Okada, olvídense del azul. Si algo

deja de existir, cree algo nuevo en su lugar. Es el camino más económico que puede seguirse. Es economía, señor Okada. Economía. Y por cierto, feliz año nuevo”.

Deambulé por la calle desconcertado. Enseguida, todos los relojes de Tokio dieron las doce. Todo el mundo se puso a brindar, a cantar, a arrojar cosas, a abrazarse, a descorchar estrepitosamente el champaña. Había llegado el

año 2000. A nadie le importaba que se hubiera perdido el azul.

“Pero..., pero el azul ha desaparecido”, dije para mí. “Y creo que era mi color favorito”

*Haruki Murakami, escritor japonés. En 1981 ganó el premio Noma de literatura para jóvenes escritores con su novela A wild sheep chase. También ha traducido a F. Scott Fitzgerald, Paul Theroux, John Irving y Raymond Chandler*



Marc Chagal. La revolución. 1943



# El cataclismo de Damocles

Por: Gabriel García Márquez

Un minuto después de la última explosión, más de la mitad de los seres humanos habrá muerto, el polvo y el humo de los continentes en llamas derrotarán a la luz solar, y las tinieblas absolutas volverán a reinar en el mundo. Un invierno de lluvias anaranjadas y huracanes helados invertirá el tiempo de los océanos y volteará el curso de los ríos, cuyos peces habrán muerto de sed en las aguas ardientes, y cuyos pájaros no encontrarán el cielo. Las nieves perpetuas cubrirán el desierto del Sahara, la vasta Amazonia desaparecerá de la faz del planeta destruida por el granizo, y la era del rock y de los corazones trasplantados estará de regreso a su infancia glacial. Los pocos seres humanos que sobrevivan al primer espanto, y los que hubieran

tenido el privilegio de un refugio seguro a las tres de la tarde del lunes aciago de la catástrofe magna, sólo habrán salvado la vida para morir después por el horror de sus recuerdos. La creación habrá terminado. En el caos final de la humedad y las noches eternas, el único vestigio de lo que fue la vida serán las cucarachas.

Señores Presidentes, señores Primeros Ministros, amigas, amigos:

Esto no es un mal plagio del delirio de Juan en su destierro de Patmos, sino la visión anticipada de un desastre cósmico que puede suceder en este mismo instante: la explosión - dirigida o accidental- de sólo una parte mínima del arsenal nuclear que duerme con un ojo y vela con el otro en las santabárbaras de las grandes potencias.

Así es. Hoy, 6 de agosto de 1986, existen en el mundo más de cincuenta mil ojivas nucleares emplazadas. En términos caseros, esto quiere decir que cada ser humano, sin excluir a los niños, está sentado en un barril con unas cuatro toneladas de dinamita, cuya explosión total puede eliminar doce veces todo rastro de vida en la Tierra. La potencia de aniquilación de esta amenaza colosal, que pende sobre nuestras cabezas como un cataclismo de Damocles, plantea la posibilidad teórica de inutilizar cuatro planetas más que los que giran alrededor del sol, y de influir en el equilibrio del sistema solar. Ninguna ciencia, ningún arte, ninguna industria se ha doblado a sí misma tantas veces como la industria nuclear desde su origen, hace cuarenta y un años, ni ninguna otra creación del ingenio humano ha tenido nunca tanto poder de



determinación sobre el destino del mundo.

El único consuelo de estas simplificaciones terroríficas, -si de algo nos sirven-, es comprobar que la preservación de la vida humana en la Tierra sigue siendo todavía más barata que la peste nuclear. Pues con el solo hecho de existir, el tremendo Apocalipsis cautivo en los silos de muerte de los países más ricos está malbaratando las posibilidades de una vida mejor para todos.

En la asistencia infantil, por ejemplo, esto es una verdad de aritmética primaria. El UNICEF calculó en 1981 un programa para resolver los problemas esenciales de los quinientos millones de niños más pobres del mundo. Comprendía la asistencia sanitaria de base, la educación elemental, la mejora de las condiciones higiénicas, del abastecimiento de agua potable y de la alimentación. Todo esto parecía un sueño



Marc Chagall. *El triunfo de la música*. (fragmento) 1966.

imposible de cien mil millones de dólares. Sin embargo, ese es apenas el costo de cien bombarderos estratégicos *B-1B*, y de menos de siete mil cohetes *Crucero*, en cuya producción ha de invertir el gobierno de los Estados Unidos veintiún mil doscientos millones de dólares.

En la salud, por ejemplo: con el costo de diez portaviones nucleares *Nimitz*; los quince que van a fabricar los Estados Unidos antes del año 2000, podría realizarse un programa preventivo que protegiera en esos mismos catorce años a más de mil millones de personas contra el paludismo, y evitará la muerte -sólo en África- de más catorce millones de niños.

En la alimentación, por ejemplo: el año pasado había en el mundo, según cálculos de la FAO, unos quinientos setenta y cinco millones de personas con hambre. Su promedio calórico indispensable habría costado menos que ciento cuarenta y nueve

cohetes *MX*, de los doscientos veintitrés que serán emplazados en Europa Occidental. Con veintisiete de ellos podrían comprarse los equipos agrícolas necesarios para que los países pobres adquieran la suficiencia alimentaria en los próximos cuatro años. Ese programa, además, no alcanzaría a costar ni la novena parte del presupuesto militar soviético de 1982.

En la educación, por ejemplo: con sólo dos submarinos atómicos *Trident*, de los veinticinco que planea fabricar el gobierno actual de los Estados Unidos, o con una cantidad similar de los submarinos *Tifón* que está construyendo la Unión Soviética, podría intentarse por fin la fantasía de la alfabetización mundial. Por otra parte, la construcción de las escuelas y la calificación de los maestros que harán falta al Tercer Mundo para atender las demandas adicionales de la educación en los diez años por venir, podrían pagarse con el costo de doscientos

Los pocos seres humanos que sobrevivan al primer espanto, y los que hubieran tenido el privilegio de un refugio seguro a las tres de la tarde del lunes aciago de la catástrofe magna, sólo habrán salvado la vida para morir después por el horror de sus recuerdos, La creación habrá terminado, En el caos final de la humedad y las noches eternas, el único vestigio de lo que fue la vida serán las cucarachas.



cuarenta y cinco cohetes *Tridente II*, y aún quedarían sobrando cuatrocientos diecinueve cohetes para el mismo incremento de la educación en los quince años siguientes.

Puede decirse, por último, que la cancelación de la deuda externa de todo el Tercer Mundo, y su recuperación económica durante diez años, costaría poco más de la sexta parte de los gastos militares del mundo en ese mismo tiempo. Con todo, frente a este despilfarro económico descomunal, es todavía más inquietante y doloroso el despilfarro humano: la industria de la guerra mantiene en cautiverio al más grande contingente de sabios jamás reunido para empresa alguna en la historia de la humanidad. Gente nuestra, cuyo sitio natural no es allá sino aquí, en esta mesa, y cuya liberación es indispensable para que nos ayuden a crear, en el ámbito de la educación y la justicia, lo único que puede salvamos de la barbarie: una cultura de la paz.

A pesar de estas certidumbres dramáticas, la carrera de las armas no se concede un instante de tregua. Ahora, mientras almorzamos, se construyó una nueva ojiva nuclear, Mañana, cuando despertemos, habrá nueve más en los guadarneses de muerte del hemisferio de los ricos. Con lo que costará una sola de ellas, alcanzaría - aunque sólo fuera por un

domingo de otoño- para perfumar de sándalo las cataratas del Niágara.

Un gran novelista de nuestro tiempo se preguntó alguna vez si la tierra no será el infierno de otros planetas. Tal vez sea mucho menos: una aldea sin memoria, dejada de la mano de sus dioses en el último suburbio de la gran patria universal. Pero la sospecha creciente de que es el único sitio del sistema solar donde se ha dado la prodigiosa aventura de la vida, nos arrastra sin piedad a una conclusión descorazonadora: la carrera de las armas va en sentido contrario de la inteligencia.

Y no sólo de la inteligencia humana, sino de la inteligencia misma de la naturaleza, cuya finalidad escapa inclusive a la clarividencia de la poesía. Desde la aparición de la vida visible en la tierra debieron transcurrir trescientos ochenta millones de años para que una mariposa aprendiera a volar, otros ciento ochenta millones de años para fabricar una rosa sin otro compromiso que el de ser hermosa, y cuatro eras geológicas para que los seres humanos -a diferencia del bisabuelo pitecántropo-, fueran capaces de cantar mejor que los pájaros y de morir de amor. No es nada honroso para el talento humano, en la edad de oro de la ciencia, haber concebido el modo de que un proceso multimilenario tan dispendioso y colosal,

pueda regresar a la nada de donde vino por el arte simple de oprimir un botón.

Para tratar de impedir que eso ocurra estamos aquí, sumando nuestras voces a las innumerables que claman por un mundo sin armas y una paz con justicia. Pero aún si ocurre -y más aún si ocurre-, no será del todo inútil que estemos aquí. Dentro de millones de millones de milenios después de la explosión, una salamandra triunfal que habrá vuelto a recorrer la escala completa de las especies, será quizás coronada como la mujer más hermosa de la nueva creación. De nosotros depende, hombres y mujeres de ciencia, hombres y mujeres de las artes y las letras, hombres y mujeres de la inteligencia y la paz, de todos nosotros depende que los invitados a esa coronación quimérica no vayan a su fiesta con nuestros mismos terrores de hoy. Con toda modestia, pero también con toda la determinación del espíritu, propongo que hagamos ahora y aquí el compromiso de concebir y fabricar un arca de la memoria, capaz de sobrevivir al diluvio atómico. Una botella de naufragos siderales arrojada a los océanos del tiempo, para que la nueva humanidad de entonces sepa por nosotros lo que no han de contarle las cucarachas: que aquí existió la vida, que en ella prevaleció el sufrimiento y predominó la injusticia, pero también conocimos el amor



Marc Chagal. *La flauta mágica*. 1966

y hasta fuimos capaces de imaginamos la felicidad. Y que sepa y haga saber para todos los tiempos quiénes fueron los culpables de nuestro desastre, y cuán

sordos se hicieron a nuestros clamores de paz para que ésta fuera la mejor de las vidas posibles y con qué inventos tan bárbaros y por qué intereses tan mezquinos

la borraron del universo.

*Conferencia ofrecida por Gabriel García Márquez en Ixtapa, México, 1986.*





## Frédéric Chopin, un piano para tocar la nostalgia

Por  
**Beatriz Elena Mejía Mejía**  
Jefa, Departamento Emisora Cultural

*"Me sucede a veces que no puedo por menos de suspirar y, penetrado de dolor, vierto en el piano mi desesperación". Chopin*

Una profunda tristeza y una extraña melancolía que ni él mismo alcanzó a comprender jamás marcaron la vida y la obra de un hombre que inventó una nueva manera de tocar el piano. Brillante, íntimo y solitario, Frédéric Chopin fue la personificación del artista atormentado. Conoció los abismos del dolor y se recreó en la complejidad de propio universo para erigirse inmenso.

Polaco hasta la médula, pero con el gusto y el refinamiento propios de los franceses, Chopin, quien no tuvo entre sus maestros a un pianista, ofreció, en toda su vida, no más de diecinueve conciertos públicos; las demás fueron veladas íntimas dedicadas a los amigos, en su mayoría personajes de la intelectualidad europea. La verdad era que Chopin se sentía abatido, asfixiado

y paralizado por los auditorios grandes; sin embargo, esta misma fobia llevó a Franz Liszt a afirmar, alguna vez, que quienes lo escuchaban pertenecían a la "aristocracia de la sangre, del dinero, del talento, de la belleza". Frédéric Chopin nació el 1º de enero de 1810. Exponente del romanticismo, su débil estado de salud acompañó su vida y su arte, tanto así que murió de tuberculosis, una enfermedad que, inexplicablemente, la historia le escribió a los cuerpos y a las almas sensibles. Desde muy pequeño demostró una gran afición por la música, y en especial por el piano. Aunque la primera profesora que tuvo fue su hermana Louise, rápidamente, el violinista checo Wojciej Zywny se encargó de su formación musical, y fue a él a quien se debió la admiración que Chopin sintió por Bach y por Mozart. Zywny concentró su trabajo con el joven alumno, más que en dirigirlo hacia el logro de una técnica musical adecuada, en motivarlo para la composición de obras llenas de pasión creadora.

En 1822, su padre lo envió a estudiar al Conservatorio, bajo la tutela de Josef Ksawery Elsner, maestro de contrapunto y armonía, quien afirmó, en 1829, que Chopin era un "genio musical". Su prodigio era tal, que a los once años había compuesto varias obras,

entre ellas, la *Polonesa* en la bemol mayor y el primer boceto de la futura *Mazurca* en la menor.

Chopin, más que un concertista profesional, era un pianista-intérprete de su propia obra. De Berlioz a Mendelssohn, todos coincidieron en elogiar las inauditas sonoridades que arrancaba al piano. Sonoridades que no impresionaban por la fuerza ni por el sonido, sino por los matices y por el contraste. Su técnica era tan delicada que la audición de sus interpretaciones se hacía altamente exigente para el público; pues se podía confundir, como algunas veces ocurrió, la sutileza intencionada de su magistral intervención, con ausencia de vigor físico a causa de la enfermedad que padecía.

En 1830 viajó de Varsovia a Viena, sin saber que al estallar la insurrección del 29 de noviembre, en la época de la opresión rusa sobre Polonia, se cerraban para él todas las posibilidades de regresar. Y, realmente, nunca lo hizo; los recuerdos y la nostalgia del no retorno se sintieron en su obra musical y en su vida personal.

En París, a partir de 1831, llegó la consagración definitiva. Allí se convirtió en el centro de la atención europea, y fue acogido, con respeto, por personajes tan ilustres como Berlioz, Hiller, Pleyel y Liszt. Tres mujeres hicieron parte de la vida amorosa del compositor: Constanza Gladkowska, con quien compartió escenario, en 1830, en un concierto que ofreció en la ciudad de Varsovia, antes de su segunda partida definitiva de la ciudad; de ella, poco relata la historia.

María, la hija menor de los Wodzinsky, a quien conoció en una visita que hizo a

esta familia, en 1835. A ella dedicó el *Vals*, Op. 69 n.1 *El adiós*, y un esbozo del *Nocturno* en mi bemol, Op.9 n.2. Al regreso de este viaje, Chopin conoció la noticia de la muerte de Bellini, a quien quería como a un hermano, hecho que produjo en él una profunda depresión y agravó su débil estado de salud. En 1836, el compositor pidió la mano de María. Aunque la familia accedió, la madre de la joven condicionó la relación, a que se hiciera pública solamente un año después; infortunadamente, durante ese tiempo, la salud de Chopin se deterioró considerablemente, y los Wodzinsky rompieron el compromiso para evitar que María se casara con un enfermo de tuberculosis.

Desolado, ese mismo año Chopin conoció a la que fue la mujer más importante de su vida, a la que lo amó y lo cuidó con adnegación, y a la que Balzac llamó "la leona del Berry"; y era cierto: Aurora Dupin, más conocida como George Sand, seudónimo que utilizó para ganarse un espacio en el universo literario reservado, en ese período, exclusivamente para los hombres, era una fuerza animal, una criatura poderosa e indómita. Y, aunque, al principio Chopin sintió una fuerte aversión por ella, terminó perdido en "una mirada ardiente que [le] volaba el corazón". George Sand escandalizó a la sociedad romántica de la época con sus costumbres poco conservadoras; se vestía de hombre para ahorrar dinero, vivía rodeada de jóvenes artistas y activistas políticos, asistía a teatros, discutía en tertulias literarias y socialistas, fumaba cigarrillos en los cafés, y bebía vino en estruendosas tascas. Así era Geoge Sand, una mujer seis años mayor que él, y con dos hijos: Maurice y Solange, con quienes el compositor compartió once años de su

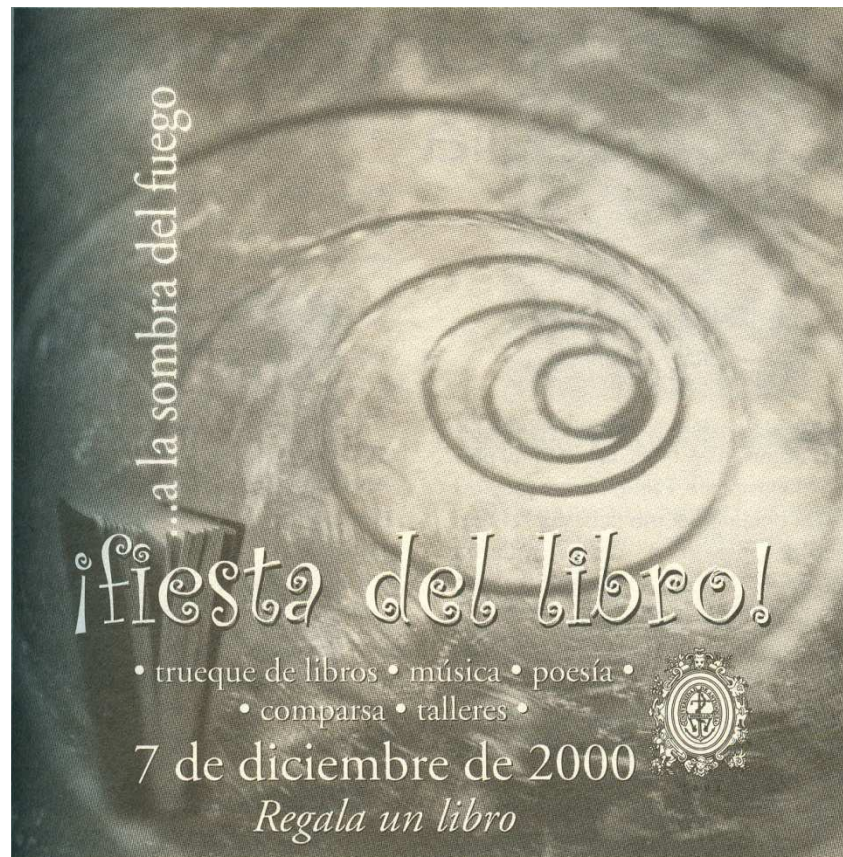


existencia. Vivieron en Mallorca, de donde salieron por los graves problemas de salud de Chopin. Allí compuso la *Balada* en fa mayor, la *Polonesa* Op. 40, n.2, el *Scherzo* en do sostenido menor, y bastantes preludios. Posteriormente, se radicaron durante los veranos en Nohant, y durante los inviernos en París. En esta etapa de su vida compuso el *Nocturno* en sol mayor, la *Fantasia* en fa mayor, la *Balada* en la bemol mayor, la *Tarantela*, el *Scherzo* en mi mayor, la *Berceuse* en re bemol mayor, la *Barcarola*, y un gran número de mazurcas, sonatas y valsos.

Con el paso del tiempo la relación empezó a deteriorarse, tal vez, por lo difícil que era vivir con un ser solitario, extraño y enfermo como Chopin. George Sand lo describió como “el más gentil, el más reservado y el más modesto de los hombres de genio... dulce, jovial, encantador en sociedad, [pero], su espíritu estaba desollado en vida; el pliegue de un pétalo de rosa, la sombra de una mosca, le hacía sangrar”. Terminaron por separarse en 1846.

Sobre su relación con Chopin, George Sand escribió la novela titulada *Lucrezia Floriani*, cuyos protagonistas eran Lucrezia (Sand) y el Príncipe Karol (Chopin), una estrategia literaria, que casi todos descubrieron, para contar las intimidades de su convivencia. De esta obra Chopin escribió: “jamás he maldecido a nadie, pero todo me resulta ahora tan absolutamente insoportable que me parece que me aliviaría si pudiera maldecir a Lucrezia”.

La ruptura con la Sand le produjo una inmensa depresión. Solo y enfermo, su capacidad creadora disminuyó considerablemente, tanto que en esta última etapa sólo compuso los 3 *Valsos*, Op. 54, la canción *La tierra prometida*, y las *Mazurcas* Op. 67, n.2 y Op. 68, n.4. Viajó por varias ciudades de Inglaterra, y de regreso a París, enfermó gravemente. Frédéric Chopin, el hombre profundo y triste que arrebató al piano las más intensas notas de dolor y de desesperación, y con el cual expresó la magnificencia de su inspiración, murió, en esa ciudad, el 17 de octubre de 1849.



## La Universidad vive en los libros

Hay libros que nombran el mundo para siempre, como *La Biblia*, *El Quijote*, *El Corán*, *Las mil y una noches*, *La Iliada*, *Cien años de soledad*. Hay nombres para siempre en la memoria de los hombres, como Shakespeare, Quevedo, Nietzsche, Lao Tse, Voltaire, Einstein, Rousseau, Gandhi, Borges.

La vida no es una novela, ni un drama, ni una obra de teatro. Tampoco es una ecuación. Pero sin las ciencias y las artes, la vida nunca sería canto, la alegría estaría lejos del corazón de los hombres.

El libro guía, modela y enriquece nuestras ideas, da alas a la lengua y a la

imaginación. Es imprescindible en el sueño de libertad y en el anhelo de una verdadera educación.

El libro danza y mueve sus manos alegres alrededor de la vida de los hombres. Da sentido al amor y nos acompaña en la tarde gris cuando nos alcanza la muerte.

La Universidad convive con los libros. Sin ellos, ella no podría existir. Hermosos libros nuevos, y libros de vieja data gastados por el tiempo y por los ojos de quienes allí han bebido infatigables. Todo el año, todos los años.

La Universidad convive con los libros y



ahora les organiza una fiesta. Los quiere de todos los colores, de todas las medidas, de todos los países, de todas las ideas, de todas las historias, de todos los sueños. Los quiere para todos, regalados por todos, intercambiados por todos, gozados por todos.

La fiesta del libro en la Universidad de

Antioquia. Libros iluminados por la música, por el canto, por la palabra. Libros iluminando el sueño de la Universidad como UN ESPACIO PARA LA LIBERTAD.

Libros en pie de fiesta el 7 de diciembre de 2000 en la Universidad de Antioquia.

# Sabores navideños, memorias y vínculos sociales

Por: Ramiro Delgado Salazar

Desde el momento en que empiezan a tener presencia la natilla y el buñuelo en la cotidiana de Medellín, cada uno de nosotros dice: ¡Ya llegó la Navidad! época decembrina! ¡El fin del año! De tal forma que hemos asociado estos símbolos culinarios como marcadores de un cambio temporal y como indicadores de una época específica.

Y es en el intercambio y en el viajar de estos dos alimentos, donde muchas veces nos centramos en la época navideña, pues en los hogares “hacer la natilla y los buñuelos” no representa sólo un asunto familiar, sino, por el contrario, un evento que permite que esos platos de plástico o de icopor, esas bandejas de porcelana antiguas o de pedernal, comiencen un amplio recorrido por las calles de los barrios llevando la natilla y los buñuelos cargados de sentimientos, afectos, sabores, recetas, memorias vivas; es decir, por medio de ellos, cada

persona o familia establece o restablece procesos de comunicación en la Navidad. En este viaje de sabores y preparaciones encontramos, además, las hojuelas, el manjar blanco y los buñuelitos en almíbar con flores de azahar, todos cocinados con diversas recetas, diferentes manos y numerosas formas de sazonar los sabores navideños, y los cuales hablan constantemente de las personas que los preparan. Ahí, en esa diversidad de alquimias, la ciudad construye identidades y memorias, ausencias y presencias. Es significativo en esta época oír día a día - infortunadamente cada vez desde fechas más

tempranas al 16 de diciembre-, los más variados comentarios y juicios de valor alrededor de los mil tipos de buñuelos y natillas, hojuelas y manjares blancos. Aquel es el diario “rumor” frente a estos actores culinarios de las Navidades, que por medio de sus productos transmiten una información constante sobre las texturas, los sabores, los olores, las formas, los tamaños, las cantidades y la sazón, propios de quienes los hicieron. La comida navideña, encarnada en estos símbolos en circulación, permite reactivar los vínculos sociales y comunitarios, y rememorar una vida y una interacción. Valdría

---

Valdría la pena reflexionar en esta época del año, sobre lo que representa el acto de “compartir los alimentos”, de comer colectiva o grupalmente y, a su vez, intentar seguir las rutas del intercambio de éste, el cual va desde los íntimos - lugares barriales, hasta los más distantes puntos geográficos.



la pena reflexionar en esta época del año, sobre lo que representa el acto de "compartir los alimentos", de comer colectiva o grupalmente y, a su vez, intentar seguir las rutas del intercambio de éste, el cual va desde los íntimos lugares barriales, hasta los más distantes puntos geográficos. Cada persona trasmite sus sentimientos por medio de una bandeja de natilla, de unos buñuelos, y, muy probablemente, tendrá que esperar hasta el próximo diciembre para recibir ese mensaje de sus parientes, amigos y conocidos, y así poder saborear la relación que los une, y que, por muy distante que se esté, son reunidos en torno de la Navidad, para volver a sentir quiénes son los nuestros, quiénes son los míos. Si cada uno de nosotros conmemora esta experiencia, podría inclusive darse cuenta de que, en muchas de sus casas, es más lo que se comparte que lo que finalmente es consumido. Se trata de la ruta de los afectos vestida de natilla y de buñuelo, de hojuela y de manjar.

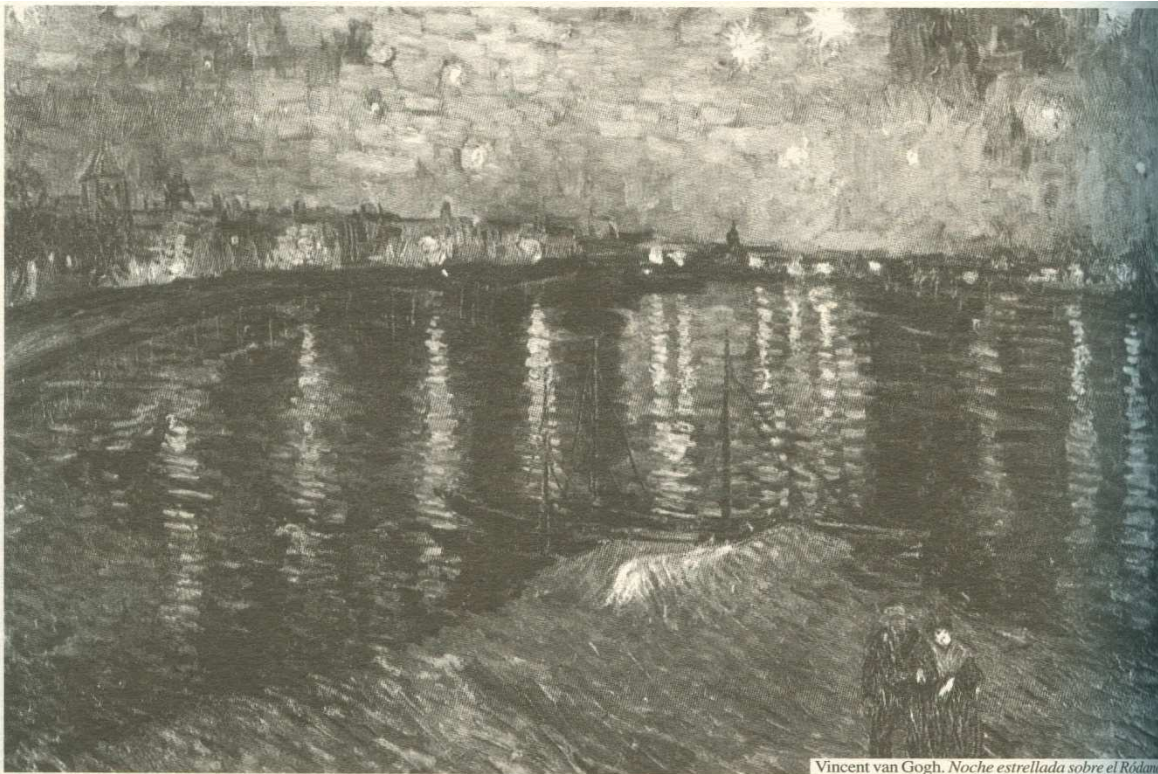
Los buñuelos y la natilla no son sólo sinónimos de viajeros de la identidad y de la memoria de esta época. Son también

sinónimos de colectividades que se congregan en tomo de la preparación comunitaria, para celebrar las novenas, las "marranadas" y los "sancochos". La época navideña, que inicia el 7 de diciembre y se extiende hasta el 6 de enero, es una posibilidad de interacción para distintos grupos de personas alrededor de las festividades de fin de año. ¿Cuántos se reencuentran, se vuelven a ver en función de este tiempo festivo, sagrado y profano? Es necesario reconocer el papel aglutinador de la Navidad en nuestro contexto, para entender la importancia de la gastronomía como elemento contundente en la consolidación de nuestra identidad regional.

En ese sentido resaltamos cómo, en función de la organización de las novenas, así como de la preparación de la natilla, de los buñuelos y de las "marranadas", diversos grupos de familiares, amigos, vecinos y paisanos llegan a los diferentes centros de celebración, y ponen en juego múltiples recetas y fórmulas para preparar y consumir lo cocinado. Entre todos se distribuyen las tareas

alrededor de la natilla y de los buñuelos: los unos muelen el queso, los otros organizan la paila y el aceite, mientras otros se disponen a conseguir la leña y el carbón. Cuando el día comienza, ya hay quienes están pendientes del maíz, de la panela, y, a su vez, ya hay quienes están en función de la leche que se utilizará. Lo mismo podemos decir en torno de las "marranadas" y los "sancochos" navideños.

Valdría la pena hacer un balance de las diferentes natillas que durante esta época navideña y de fin de año circulan por nuestras vidas; cuántas de ellas las "tenemos que comer", cuántas ni siquiera las intentamos probar, y de cuántas estamos pendientes durante todo el año no sólo para consumidas, sino porque representan parte de nuestra historia patrimonial culinaria, y porque de una u otra forma están cargadas de ese recuerdo de un momento antes compartido. Ni hablar de los inolvidables buñuelos de la Navidad cargados también de la memoria y de la identidad tradicional antioqueña.



Vincent van Gogh. Noche estrellada sobre el Ródano

Novenas acompañadas de parientes, amigos y vecinos, con sabores familiares o lejanos, nos permiten tener siempre presente el lugar tan significativo del acto de cocinar y de comer en forma comunitaria. "Marranadas", natillas, buñuelos, hojuelas y manjares son un pretexto para ser conscientes de que el comer nutre, en

primera instancia, la mente y el alma, y, posteriormente, el cuerpo, y que en épocas navideñas y de año nuevo, nos vemos convocados a disfrutar, a criticar y a opinar sobre la pluralidad de las viandas que ingerimos, y sobre las múltiples relaciones sociales y simbólicas que tejemos, que revivimos y que sentimos. Una

inolvidable celebración navideña no tendría el sentido real fuera de las bebidas y comidas, fuera de los momentos compartidos en los que las memorias e identidades se reelaboran alrededor de ese disfrutar en comunidad.

*Ramiro Delgado, profesor del Departamento de Antropología*



# Último hombre que consulta una Biblioteca

Por: Campo Ricardo Burgos  
López

El último hombre que quedaba vivo en el mundo se sentó frente al escritorio de la biblioteca y observó: frente a él -infinitas- se acumulaban miles y miles de estantes con miles y miles de libros; mejor, con todos los libros que la especie humana había producido hasta el instante en que se extinguió. El último hombre que quedaba vivo en el mundo sabía que sólo le quedaba tiempo para leer un libro, que una vez leyera ese libro moriría, que su fin, que era a la vez el fin de una especie, estaba por sucederle de un momento a otro, y que ni siquiera los desolados pasillos de la Megabiblioteca Universal lo protegerían de la muerte. Cansado, el último hombre que quedaba vivo en el mundo se hizo una pregunta retórica: -¿Qué leer?







Marc Chagal. *El poeta o Half past three*. 1911

Horas antes, el último hombre que quedaba vivo en el mundo había recorrido los ciclópeos estantes y había escogido tres o cuatro libros al azar, tres o cuatro libros que por su título le llamaron la atención. Ahora, colocados sobre el escritorio, el último hombre que quedaba vivo en el mundo debía afrontar la trascendental decisión de escoger el último libro que sería leído por la especie humana antes de desaparecer. ¿Cuál sería? Lentamente tomó los tres o cuatro libros en sus manos, cerró los ojos, y los barajó hasta olvidar cuál era cuál. Luego -aún a ciegas- dirigió su mano al garete y tomó uno de ellos entre sus manos. El último hombre que quedaba vivo en el mundo abrió los ojos, verificó el título y comenzó a leer el capítulo 1. Asombrosamente, el libro describía los instantes postreros del último hombre que quedaba vivo en el mundo. Asustado, buscó el pie de imprenta y encontró que el texto había sido escrito varios siglos atrás. Según el citado pie de imprenta, hacía 457 años un tal Deregowski había descrito punto por punto lo que efectivamente el último hombre había

vivido en aquellos días: la plaga que había arrasado a la humanidad, las escenas ruines que le sería dado contemplar, cómo el último hombre se ocultaría en la Megabiblioteca, cómo cierto día el último hombre que quedaba vivo en el mundo sabría que había llegado su instante postrero y que apenas le quedaba tiempo para leer un solo libro.

“Y me elegirá a mí - afirmaba soberbio el libro de Deregowski-. Horas antes de morir, el último hombre que quede vivo en el mundo recorrerá incrédulo los vertiginosos estantes y se asustará del tamaño de su ignorancia. Entonces escogerá tres o cuatro libros al azar, los colocará sobre un escritorio, tomará los tres o cuatro libros en sus manos, cerrará los ojos, los barajará hasta olvidar cuál es cuál, y finalmente -aún a ciegas- me escogerá y comenzará a leer su propia historia.”

El último hombre que quedaba vivo en el mundo interrumpió la lectura aterrorizado. 457 años atrás un hombre del cual nunca había oído hablar y a quien ni siquiera se había imaginado, había escrito ese texto donde vaticinaba su destino.

¿Quién era Deregowski?  
¿Cómo había anticipado el fin de la especie?  
¿Cómo sabía de antemano todas las crueles escenas que precisamente en esos días le había tocado vivir?

Fascinado, el último hombre dejó a un lado el libro, y en una de tantas terminales del archivo central tecleó el nombre: "Deregowski, C. P.". En segundos, la pantalla de la terminal arrojó datos acerca del individuo: biografía, obras publicadas, crítica acerca de su obra, e inclusive información sobre una película llamada Deregowski que, supuestamente, trataba de las ocultas artes que este hombre había llegado a dominar. Desconcertado, el último hombre que quedaba vivo en el mundo se preguntó si existía Dios, y luego se contrapreguntó por qué se le ocurría preguntar tal cosa en semejante momento tan inoportuno. Temeroso, abandonó la terminal y volvió al escritorio donde el libro de Deregowski lo aguardaba con algo así como una sonrisa. Por un momento el último hombre leyó, y esta vez un escalofrío de horror le recorrió el espinazo: las páginas de Deregowski profetizaban que,

llegando a cierto punto de su lectura, el último hombre que quedaba vivo en el mundo reaccionaría dejando de lado el texto y se preguntaría cómo era posible que, hace 457 años, un hombre del cual nunca había oído hablar hubiera escrito ese texto donde vaticinaba su destino. Después -seguía impertérrito Deregowski- el último hombre pesquisaría información en una terminal de computador acerca del mismo Deregowski, obtendría cierto cúmulo de datos, y la inquietud de que todos los destinos están escritos en alguna parte mucho antes de ser vividos lo conduciría a pensar si era posible que la anticuada figura mitológica de Dios fuera algo más que una mera figura mitológica.

El último hombre que quedaba vivo en el mundo se detuvo otra vez: ¡Deregowski lo sabía todo! ¡Tal vez Deregowski era Dios! Sin duda alguna, su destino hasta el momento de su desaparición estaba contenido en las páginas que quedaban de aquel libro.

“¡Pero son muchas! -se dijo el último hombre- ¡Demasiadas! ¿Me restará

acaso más tiempo del presupuestado?”

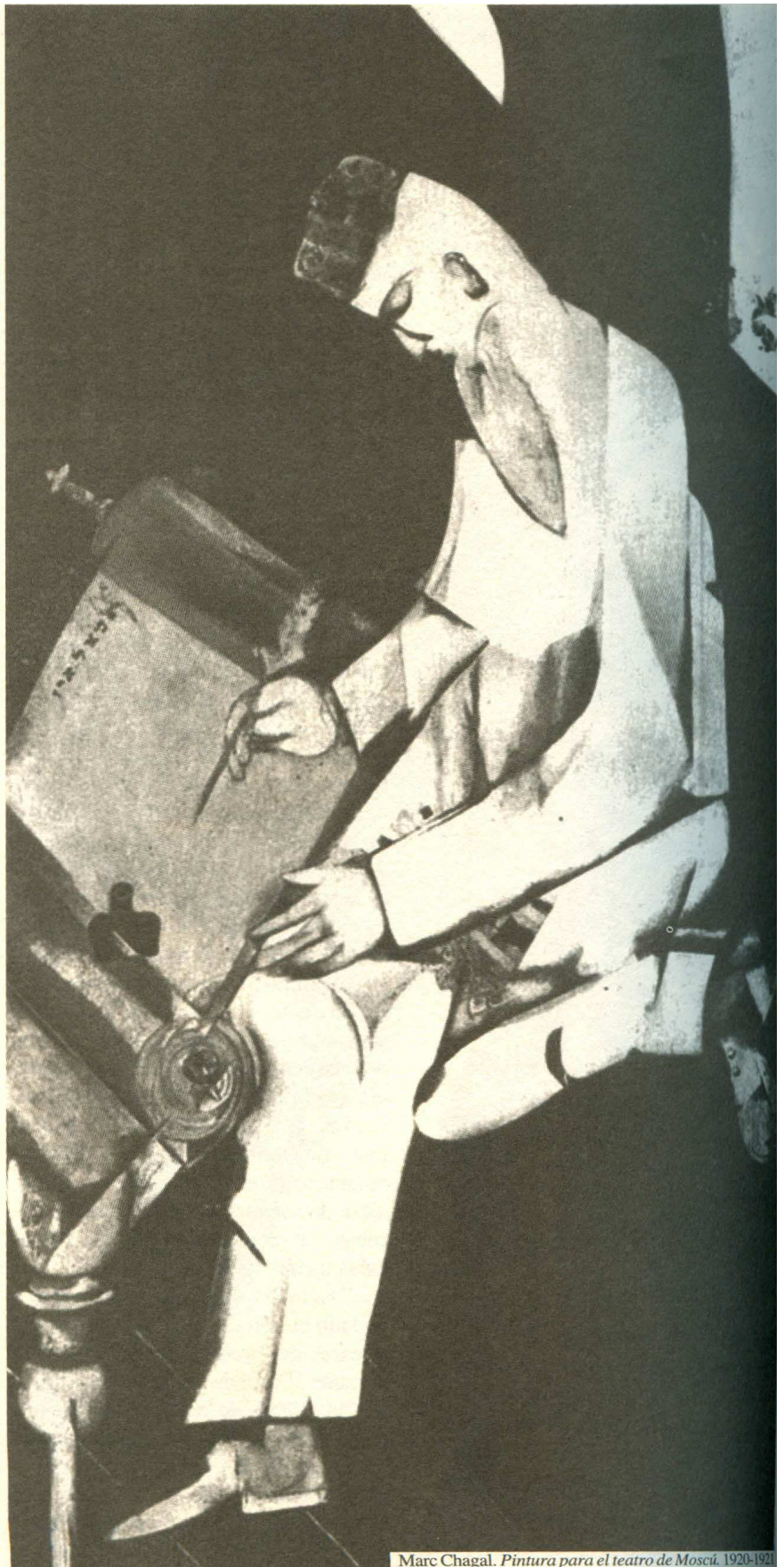
Sudando profusamente, el último hombre que quedaba vivo en el mundo se saltó varios capítulos y arribó a una de las páginas finales. Allí se describía la descomposición de un cadáver que el último hombre no supo si era el suyo. Insistiendo en la lectura, el último hombre intuyó que en ese aparte se hablaba de lo que ocurriría en esa biblioteca al día siguiente y que, por ende, en algún punto de 105 capítulos que se había saltado, Deregowski describía su muerte. De nuevo, el último hombre que quedaba vivo en el mundo saltó páginas y se ocupó de las posteriores del libro. Lo que encontró allí lo dejó confundido: Deregowski describía una suerte de multitudes de almas enfiladas aguardando algo así como un juicio final. Con una sensación de vacío en el estómago, el último hombre se preguntó si serían ciertas las ya olvidadas leyendas acerca de un día del juicio cuando los bienaventurados serían separados de los condenados. Con el corazón disparado como una tormenta, llegó a una sección donde con nombres propios se



listaban grupos de condenados y de salvados. Aquí el texto de Deregowski era confuso y, en vez de citar primero a los salvados y luego a los condenados, o viceversa, refundía los unos con los otros sin ningún empacho. El último hombre que quedaba vivo en el mundo se sorprendió al encontrar el nombre de su madre entre los condenados al fuego eterno.

“¡Pero si era una santa!”, se dijo para sí, estupefacto.

Después, entre salvados, no pudo menos que llorar cuando halló el nombre de la mujer a la que alguna vez había amado pero que lo había abandonado (precisamente -según Deregowski- que la mujer lo hubiera abandonado era el acto que la había encaminado hacia la vida eterna). Más tarde, casi se ahogó cuando Deregowski reveló cierta vergüenza oculta que él mismo jamás había relatado a nadie. Ya en el culmen de la desesperación, el último hombre halló su nombre con la correspondiente sentencia infinita, y entonces no supo qué hacer cuando en el texto sobrevino un inesperado



Marc Chagal. Pintura para el teatro de Moscú. 1920-1921

cambio en el punto de vista del narrador. En esa parte, el texto de Deregowski ya no hablaba en tercera persona y en lugar de ello le interpelaba

directamente mientras le decía, socarrón:

-Tú y yo lo sabíamos desde antes de que hubieras nacido. ¿No es cierto?

*Campo Ricardo Burgos López, cuentista contemporáneo colombiano. Tomado del libro "Contemporáneos del porvenir" p 47-50*